

se embarcaba, se uniría ella con la Francia contra él é invadiría el reino de Portugal. No se quiso Inglaterra empeñar con nuevos enemigos, ni privarse del comercio de España, que tan ventajoso le era: y así desistió de su empeño: el duque no salió de Inglaterra: y para sacar algún provecho de lo invertido en el armamento de aquella escuadra, se dejaron los ingleses caer en la costa de Guinea, y se apoderaron de los establecimientos franceses del Senegal.

Cualquiera que conozca el carácter violento, cruel y sanginario de Carvalho, las máximas impías que aprendió en Inglaterra durante su permanencia en Londres, y el dominio absoluto que desde la muerte de la reina madre (14 de Agosto de 1754) ejerció sobre el tímido ánimo de José I, comprenderá fácilmente con qué furor había de ensañarse contra los Padres de la Compañía, al verse contrariado por ellos en todas sus empresas. Soplaban el fuego los ingleses al ver desbaratados sus planes por unos religiosos, á quienes aborrecían de muerte y cuya total ruína desde mucho tiempo tenían decretada.

Oigamos á Gutiérrez de la Huerta¹. «El rey» (José I), dice, «que había llegado á entrever las ventajas del primer proyecto (del cambio de América), y que en razon de las calamidades públicas y de la penuria de su erario, no miraba con desagrado el segundo (de la admision de los judíos),» dejó de disimular el que le causaban los estorbos, y facilitó á Carvalho la oportunidad, por que anhelaba, de escupir sin riesgo la ponzoña oculta en su corazon contra los Padres de la Compañía.»

«Rompió entonces el freno de la vergüenza, (si alguna conoció en su vida), y sin reparar en la honestidad y congruencia de los medios, adoptó todos los recursos del artificio para alucinar al rey y al público contra los jesuitas, esparciendo por todas partes la voz de que la conducta y consejos de estos en uno y otro negocio, eran hijas de la indocilidad y soberbia, con que se oponían siempre á las resoluciones soberanas..... Desde

¹ *Dictamen*, págs. 259 y 260.

entonces las gacetas de Florencia, los periódicos de Londres, y las plumas, fecundas en ficciones, de Fray Norberto y otros escritores abrigados por Carvalho, empezaron con entera libertad á hacer sudar á las prensas imposturas de todo género contra los jesuitas.»

Un poeta popular resumió en una décima las causas todas que habían determinado la persecucion en Portugal. Sintetizándola en la infame muerte, á que Carvalho hizo sentenciar unos años después al mártir P. Malagrida, decía así:

Un supuesto asesinado,
Hebraísmo no admitido,
Honor que no ha conseguido,
Paraguay que no ha logrado;
Un casamiento embargado
Que al inglés tenía vendido,
De todo esto se ha vestido
Un preso, hecho en lo oculto,
Y un juicio formado á bulto
De un hombre que lo ha perdido¹.

Tal era el estado de la Compañía de Jesús en Portugal, cuando nuestro Pignatelli en el noviciado de Tarragona se esmeraba en acopiar aquellas sólidas virtudes religiosas, con que había de convertirse en firme sosten de sus hermanos al verse la Compañía anegada en el mar de la tribulacion. En España cerníase también amenazadora la tormenta. El duque de Huéscar, que más tarde lo fue de Alba, á la sazón gentil-hombre de cámara de Fernando VI, y con él los ministros y demás personajes influyentes del partido inglés, imbuídos en las mismas máximas que Carvalho, é instigados por Keene, no suspiraban por otra cosa que por arrojar del reino á los jesuitas.

¹ El mismo poeta, hablando de la vuelta de Carvalho á Lisboa, escribía: «Carvalho ingerto en inglés, — Á Lisboa se nos vino — Con máximas de Calvino — Y religion al revés.» Acerca de la persecucion religiosa dice: «Como colonia se ha vuelto — Portugal de la Inglaterra: — Si á la Iglesia se hace guerra, — En *Saint James* se ha resuelto.»

Vino á dar nuevo calor al partido D. Ricardo Wall, llamado precipitadamente de su embajada en Londres, para sustituir al ministro de Estado D. José de Carvajal y Lancaster, fallecido en 8 de Abril de 1754. Carvajal había dado comision á insignes literatos para reconocer y examinar los archivos del reino, y recoger datos y copiar documentos, con el fin de ilustrar la historia eclesiástica y civil de España. Entre aquellos sabios había distinguido al P. Andrés Buriel, de la Compañía, á quien envió á Toledo, y además le encargó de combinar los documentos y de notificar al ministro lo que en ellos se iba adelantando¹.

Segun escribe D. Modesto Lafuente², este Padre fue «el más fecundo en resultados, y el que desenterró y proporcionó al gobierno una suma inmensa de útiles y preciosos códices y documentos ignorados y desconocidos.» Á pesar de todo, el nuevo ministro Wall «de reclamó prematuramente y en son de recelo,» dice el citado autor, «los papeles, ántes que pudiera tenerlos ordenados, y causóle disgustos y desazones..... hasta que se vio precisado á abandonar con la mayor pena una comision de que tanto se prometía en beneficio de las letras, y de que tanto esperaba tambien el mundo literario.»

Quejándose el Padre de la conducta del ministro con él, escribía á D. Gregorio Mayans en la forma siguiente: «Lo menos malo será que otros luzcan con mis trabajos: ¡ojalá se publiquen, y sirvan, sea como fuere! La lástima será que del todo se sepul-ten y pierdan, y que todo hombre de razon se acobarde para siempre: porque si soy tratado de este modo habiendo sido detenido al marchar á mi California, habiendo sido pensionado sin pedirlo, habiendo trabajado en asuntos de toda ofension pública y privada³, y habiendo finalmente sido de genio bienhechor

¹ *Coleccion de Documentos inéditos*, Tomo XIII: archivo de manuscritos de la Academia de la Historia.

² *Hist. de España*, P. III, Lib. VII, Cap. VI.

³ *Sic.* Parece que ha de decir «en asuntos *ajenos* de toda ofension» etc.

á todos y con nadie amargo, ¿qué deberá esperar otro cualquiera?» Y dando á entender que no se le ocultaba de dónde salía y á dónde se dirigía el golpe, concluye diciendo: «Si el delito es ser jesuíta, diría otras cosas¹.» Y en efecto: «solo le dañó el ser jesuíta,» dice Menéndez Pelayo², «y el haberle faltado la sombra del P. Rávago cuando más falta le hacía y cuando comenzaba á desatarse la tormenta contra la Compañía..... Sufrió» añade, «el martirio más cruel que puede sufrir un hombre de letras, el de verse arrebatado en un día, de real orden, suscrita por el ministro Wall, el fruto de todas sus investigaciones y el tesoro de todas sus esperanzas. Aquel acto de absurdo despotismo le costó la vida.»

Vino á entorpecer y retardar por algunos años el movimiento de la máquina, que había de acabar con la existencia de la Compañía en España, un triste acontecimiento. Fernando VI estaba sumido en un mar de congojas por la débil salud de la reina D.^a María Bárbara, á quien amaba tiernamente: y á la muerte de esta, en 27 de Agosto de 1758, cayó en tan profunda melancolía, que se vio precisado á apartarse del gobierno en el corto espacio de tiempo que sobrevivió á su esposa³. La reina madre, D.^a Isabel Farnesio no ignoraba los ocultos planes y secretas maquinaciones del partido inglés contra la Compañía de Jesús, á la cual profesaba un cariño verdaderamente de madre; y mientras le duró la vida, la defendió siempre de los ataques de sus adversarios. Con el influjo que ejercía sobre el corazon del rey, logró ahora impedir que los enemigos desahogasen su saña contra la Compañía y descargasen sobre ella el golpe que estaban preparando.

Ya que no les era posible darlo, ocupábanse ellos en disponer el terreno y minutaban los infames escritos con que habían de

¹ LAFUENTE, *ibid.*

² *Heterodoxos*, Lib. VI, §. IV.

³ Del lastimoso estado del rey en el último año de su vida, halláranse muy circunstanciadas noticias en Danvila, *Reinado de Carlos III*, Cap. X.

desacreditar á los jesuítas y hacerles odiosos á los pueblos y al soberano. De estas ocultas maniobras se da noticia en una carta escrita en Toledo con fecha 23 de Marzo de 1759 por uno que se firma *B. Ant.* Dice así: «Los conventículos donde se forjaban los papelones contra los Padres Teatinos (Jesuítas), se tenían en los N. N. de Madrid, en una celdita que para su retiro y oracion había hecho N., hermano de Flórez..... Allí se juntaban varios Melotitas (*sic*).....; y añaden que entre ellos el embajador de Portugal y Alba. Cosa que aturde. Y allí se minutaban, y se encargaban á quien los había de extender. Consta de los autos que por orden del gobernador del Consejo ha formado el Sr. Horcasitas contra los repartidores, que están en la cárcel de Corte. Los autos paran en poder del Monseñor Nuncio, de resultas de una conferencia en que le comunicó la orden que tenía de Su Santidad para hacer que se recogiesen las calumnias que corren contra la Compañía y que fuesen castigados sus autores²,» etc.

Esto se lee en aquella carta. Pero interrumpamos la relacion de tan desagradables sucesos y volvamos á gozar del hermoso espectáculo que ofrece la vida admirable y santa de nuestro héroe, que se presenta como tal aun en el retiro de un colegio y dedicado á ocupaciones faltas de brillo y de grandeza. Luégo que se hubo consagrado á Dios por los votos religiosos, fue por los Superiores destinado á repasar las letras humanas en el colegio de Manresa, de tan gratos recuerdos para el jóven escolar, que siendo novicio, había visitado aquella ciudad, cuna de la Compañía.

Devorábale el ansia de saber, pero mucho mayor era su

¹ Archivo de Loyola.— Por razones fáciles de comprender omitimos ciertos nombres propios.

² En otra carta fechada en 10 de Abril del mismo año, se dice: «El consejo de Castilla pleno formó un decreto, en que manda quemar por mano de verdugo los papeles *La Verdad desnuda*, la *República del Paraguay*, y el dicho del *P. General de la Compañía*. Ejecutóse el día de San Vicente Ferrer, puesto *pro tribunali* el Sr. Horcasitas á vista del colegio de Santo Tomás.»

hambre de perfeccionarse en la ciencia del espíritu y adornarse con las virtudes propias de su vocacion. Amaba con delirio el estudio de la elocuencia y deseaba entregarse á él sin descanso; mas nunca tuvo por norte de sus estudios literarios el satisfacer su natural inclinacion, sino solo el hacerse apto instrumento de la mayor gloria divina y de la salvacion de los prójimos, doble objeto que esperaba conseguir cumplidamente por la adquisicion de la ciencia.

Con la luz de este principio sobrenatural, sus progresos fueron tan rápidos como notables. Era siempre el primero en asistir á los ejercicios escolásticos, sin apartarse un ápice del orden y método que su profesor le prescribía; porque estaba bien persuadido de que el mayor ó menor aprovechamiento en los estudios no tanto depende del talento y de la aplicacion, cuanto de la acertada direccion de los maestros. No hacía uso de libros que no fuesen clásicos en cada materia; y aun entre ellos escogía los que más alto habían rayado; y no satisfecho con los que á cada uno se distribuyen, iba á menudo, con licencia de los Superiores, á la biblioteca comun, y consultaba otros varios, con el fin de poseer con más perfeccion lo que en la clase se explicaba.

Con esta industria, sin faltar á los deberes generales, adquiría por su extraordinaria diligencia más profundo conocimiento de los autores. Como en la lengua y literatura latina había hecho ya en Zaragoza notabilísimos adelantos, dedicóse en Manresa con particular empeño al estudio de los autores griegos; y perseveró en él con tanta firmeza y constancia, que este idioma llegó á serle no menos familiar que su lengua propia, no solo ahora, cuando de propósito lo estudiaba, sino en lo restante de su vida; pues siendo Rector y Maestro de novicios en Colorno y después Provincial en Nápoles y en Roma, llegó á ordenar que se leyese en refectorio la Sagrada Escritura en los dos textos originales, griego y hebreo; y era de ver cómo se saboreaba con tal lectura. «Hacía leer cada día en la mesa un capítulo entero del nuevo Testamento y de la version de los Setenta en lengua griega; y

después á los teólogos hacía leer un capítulo en lengua hebrea.» Así lo depone un testigo ocular¹.

Tan decidida aplicacion á las letras no le entibiaba el fervor del espíritu ni el deseo de adelantar en la perfeccion religiosa. Velaba sin cesar sobre sí mismo, y escudriñaba sutilmente los movimientos todos de su corazon para dirigirlos al bien, y excitarse á nuevo fervor é impedir que se le enfriase el que en el noviciado había con tanta abundancia adquirido. Era la edificacion de todos sus hermanos por el ejemplo de sus virtudes; y con ellas se conciliaba el cariño de sus Superiores y la benevolencia de sus iguales. Pocas palabras suyas eran bastantes para apagar cualquiera centellita de disension entre los condiscípulos; y si por casualidad ocurría algun caso de menos sumision á las disposiciones de los maestros ó Superiores, entonces agotaba todos los recursos de su ascendiente sobre sus iguales hasta lograr que quedase sin mengua y en todo su vigor la sujecion á la obediencia.

Mandó en cierta ocasion un Superior que á los jóvenes escolares se les distribuyesen unas camisas de tela burda y áspera, que despedía cierto mal olor y causaba alguna molestia al cuerpo: no faltó quien por lo bajo en un principio, y abiertamente después, se permitiera alguna palabrilla contra lo que él calificaba de tacañería y cortedad de ánimo en el Rector. Sentíalo en extremo el H. Pignatelli, y supo aprovechar aquella ocasion que se le ofrecía para mortificar su carne; y no solo no despegó sus labios para quejarse, sino que con buenas palabras y afectuosas y caritativas reflexiones procuró ahogar en su principio aquel fuego de insubordinacion y de discordia.

Ejercitaba el buen Hermano por todas las vías posibles la caridad con el prójimo. Para evitar el trabajo á los hermanos que se hallaban débiles ó fatigados, tomaba sobre sí los oficios que á ellos se encargaban: y esto con tanto mayor gusto, cuanto eran de mayor mortificacion y humildad. Si alguno no podía

capitulum habet.

¹ D. TITO CECCONI, *Process. Rom.*, fol. 769.

servir á la mesa, si faltaba maestro para una clase, si alguno de los señalados para visitar la cárcel, el hospital ó para predicar en las plazas se sentía indispuerto, ó por otra causa cualquiera se hallaba imposibilitado; siempre estaba pronto á suplirle el H. Pignatelli. Para este fin se dedicó á aprender el catalan con toda la perfeccion que pudo, por ser el único lenguaje que entendía el pueblo, y el que le ponía en disposicion de comunicarse con él.

El fruto que con sus pláticas hacía era copiosísimo. No ignoraban los manresanos que el que les hablaba pertenecía á la primera nobleza y á la grandeza española; y al verle que con tanta sencillez se allanaba á ellos y les procuraba todo bien, le oían gustosos y ponían por obra sus enseñanzas. Cobraronle por esta razon un afecto tan puro y tan arraigado, que después de muchos años conservaban fresca la memoria de sus virtudes: y sabiendo que le había alcanzado la suerte del destierro, no menos que á sus hermanos, preguntaban á menudo por su paradero; y no faltó quien desde Manresa le enviase á Ferrara un barrilito de vino añejo, «en señal,» decía él, «del afecto y estimacion que le merecía.»

El ejercicio en que mayor consuelo experimentaba el fervoroso Hermano, era el de enseñar el catecismo á los pobres, á imitacion de su santo Padre Ignacio, y en aquel mismo lugar precisamente en que dio él principio á tan fructuoso ministerio. Está el colegio de Manresa construído al lado del que fue hospital de Santa Lucía y pegado á él¹: en este hospital se acogió San Ignacio cuando llegó á Manresa al bajar de Montserrat, y sentado en unas piedras de la puerta, que aún se muestran hoy día y son objeto de veneracion, enseñaba el catecismo á los muchachos, y repartía entre los pobres de la limosna que mendigando de puerta en puerta había recogido.

Llegábanse al colegio cada día á hora señalada una numerosa

¹ Las escuelas estaban en las mismas salas del antiguo hospital, habitando los Padres en la parte vieja del actual edificio.

multitud de pobrecitos, á quienes se distribuía limosna corporal precedida de otra espiritual. Fue deputado para este ministerio de caridad y humildad el H. Pignatelli. Era de ver la devoción y alegría con que bajaba á la puerta, y mezclándose con aquellos hombres y niños, andrajosos, desaliñados y hambrientos, como si fuese uno de ellos, les dirigía la palabra en tono familiar y con suma afabilidad y modestia, y les platicaba ya en comun, ya uno por uno, segun la capacidad ó la necesidad que descubría en ellos. Parecía un vivo retrato de su santo Padre, confundido con los pobres más asquerosos y repugnantes, imitando sus toscos y groseros modales para ser él mismo juzgado de los demás por de vil y baja condicion. Con este espíritu de humildad se confundía el H. José con aquella pobre gente despreciable á los ojos del mundo, pero á los de Dios muy agradable. La serie de los hechos que formarán el conjunto de su santa vida serán ilustre testimonio de lo profundamente arraigado que conservó en su alma el genuino espíritu de San Ignacio que sacó de su estancia en Manresa el corto tiempo de un año que allí vivió: pues no fue necesario más tiempo para que el Hermano Pignatelli se impusiese en el conocimiento de la lengua griega y en el arte de bien decir.

CAPÍTULO V

Es enviado el H. José á Calatayud á cursar filosofía. — Ejercítanle en la paciencia y humildad el Rector y el maestro. — Admirable sufrimiento del H. Pignatelli. — Arrecia la persecucion en Portugal. — Nuevos temores en España. — Eleccion del P. General Lorenzo Ricci. — Tristes presentimientos de los Padres congregados. — Da el H. Pignatelli fin á su curso de filosofía con un brillante acto público de toda ella. — La Compañía expulsada de Portugal. — Profetiza el P. Joaquin Juan la misma suerte á la de España.

1736 — 1739

El año de 1736 se daba principio en el colegio de Calatayud á un curso de filosofía ó artes. Este colegio, dice D. Vicente Lafuente¹, «se hallaba á gran altura y esplendor. La Provincia de los jesuítas de Aragon había acumulado allí excelentes profesores; pues como se daba enseñanza de filosofía y de gramática en varios conventos, había emulacion y rivalidades.» Á este colegio fue enviado el H. Pignatelli. La fama de sus talentos y virtudes que ya le había precedido, y lo ilustre de su nombre tan conocido en Aragon, hizo que fuese aguardado con ansia y esperado por sus condiscípulos con cierta curiosidad de ver por sus propios ojos la verdad de lo que de él se había publicado.

No salieron defraudados en sus esperanzas; pues ordenó Dios nuestro Señor que les diese el H. Pignatelli más materia de ad-

¹ *Historia de las Universidades*, Tomo IV, Cap. IX.